

Traspon la tierra y los mares,
No tu desdicha te asombre,
Que nunca le falta al hombre
Madre tierra en que morir.

Huye, y si al pasar huyendo
Tu camino te embaraza
En torvo tropel tu raza
Cercándote con afán;
Cuando ansiosos te pregunten
Por los bravos que lidiaron,
¡Ay! díles:—¡Allá quedaron!
¡No esperéis, que no vendrán!—

V.

Huye, rey infeliz, y huyendo borra
De tu camino la cansada huella:
Huye de el agua del Genil no corra,
Ni tu roja ciudad refleje en ella;
Donde fortuna mas leal te acorra;
Donde no alumbre tan fatal tu estrella;
Donde fieras las huestes castellanas
No degüellen las razas africanas.

Huye el brillante sol de Andalucía,
El voluptuoso aroma de sus flores,
La sonora dulcísima armonía
De sus libres y amantes ruiseñores,
Los amenos jardines de algún día
Gozaste en soledad blandos amores,
De sus frescos arroyos al murmullo,
De sus palomas al sentido arrullo.

Tal vez haya otra tierra mas serena
Do al fin te preste cariñoso asilo,
Donde aunque errante y á merced ajena
Treguas te dé tu corazón tranquilo;
Donde en ignota soledad amena
Crezca de tu existencia el frágil hilo,
Y el blando son de la campestre zambra
No te recuerde tu perdida Alhambra.

Mas ¡ay! que á cada punto mas tenaces
Los duelos sobre tí se atropellaron,
Y fué en vano esperar; que en vano audaces
En Granada tus árabes lidiaron,
Que tus cansadas y sangrientas haces
En la vega sin honra se quedaron,
Y allá yacen sin tumba ni laureles
Cegries, Bencerrages y Gomeles.

Y ancho sepulcro á tu cadáver dieron,
Del Guatís ved las turbulentas olas,
Y esas aguas, Boabdil, que te sorbieron
No azotan nunca playas españolas;
Y ni aun sin rumbo por su faz hendieron
Nuestras rojas y sueltas banderolas;
No esperes á su márgen olvidada
Nuevas oír de tu gentil Granada.

Duerme, rey sin vasallos ni corona,
Fantástica irrisión de la fortuna,
A quien ni amigo ni enemigo abona,
Ni cruz triunfante ni vencida luna:
Ya que así el cielo contra tí se encona,
Esa estrella fatal sufre importuna,
Pues quisiste, mal rey, vasallo bueno,
Perder lo tuyo y defender lo ageno.

Duerme, si aun gozas apenas
Un sepulcro en que dormir;
Si esas húmedas arenas
Te prestan almohadas buenas
Para el sueño del dormir.

Duerme en paz, y si velando
Estás por tu estrella aún,
Consuélate, rey, pensando
Que nos es vivir llorando
Una maldición comun.

Duerme y dente desocuidados
Grato murmullo si velas,
Los pasos atropellados
De los pies acelerados
De las errantes gacelas.

Y en vez de las funerarias
Roncas presas de los muertos,
Arrullente solitarias
Con sus salvajes plegarias
Las aves de los desiertos.

Y si á tí tienden cercanas
Sus sombras árboles bellos,
Bajo sus hojas livianas
Respiren las carabanas
Y descansen sus camellos.

Mas que en tu huesa tu nombre
No lean los de tu ley,
No les humille y asombre,
Que si supiste ser hombre
No alcanzastes á ser rey.

EL VELO.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

¿Has hecho esta tarde oración, Desdémona?
SHAKESPEARE.

LA HERMANA.

¿Que teneis, hermanos míos?
¡Los ojos traeis sombríos
Como cirios funerales...!
¡De la faja á los dobleces

Han asomado tres veces
Las hojas de los puñales!

EL HERMANO MAYOR.

¿Has alzado tus velos virginales?

LA HERMANA.

Acaso... era al medio día...
Tal vez... del baño volvía
En mi palanquin cubierto,
El calor me sofocaba,
Y la brisa que pasaba
Tal vez me habrá descubierto.

EL SEGUNDO.

Pasaba un hombre con caftan, ¿es cierto?

LA HERMANA.

¡Oh! tal vez... un solo instante.
Yo cubrí al punto el semblante....
¿Que decís...? ¿qué pude hacer?
¡Hablais en secreto... hermanos!
¡Oh! ¿pondriais vuestras manos
En una débil muger!

EL TERCERO.

¡Sangriento estaba el sol hoy al caer!

LA HERMANA.

¡Perdon! ¡perdon!—¡Oh! ¿qué he hecho?
¡Ah! me desgarrais el pecho.
¿En qué, hermanos, hice mal...?
¡Sostenedme... hermanos míos...!
Siento ya en los ojos frios...
¡Siento... un velo funeral!

EL CUARTO.

¡Al menos no alzarás ese cendal!

VANIDAD DE LA VIDA.

FANTASÍA.

Era un día de orgía y de locura,
De esos días de vértigo infernal
En que embriagados de falaz ventura
Tras el placer volamos mundanal.

Uno de aquellos vergonzosos días
En que henchidos de vida y juventud,
Buscamos entre locas teorías
La vanidad y el polvo en la virtud.

Uno de aquellos días en que ansiosos
Despertamos de crápula y de amor,
Y manchamos los días mas hermosos
De nuestra vida y nuestra edad mejor.

El sol estaba espléndido y sereno,
El aura mansa, diáfana y azul,
La luz doraba nuestro huerto ameno
Con tornasoles de flotante tul.

Posábanse las sueltas mariposas
De flor en flor con revoltoso afán,
Ya en la mas ancha de las frescas rosas,
Ya en el mas esponjado tulipan.

La brisa murmuraba en las acacias,
Tornábase al oriente el girasol,
Y las violetas se doblaban lácias
Cual vergonzosas ante el rojo sol.

Alguna nuble blanca y trasparente
Por la serena atmósfera al cruzar,
Tiñendo los objetos suavemente
Veníase en la yerba á dibujar.

Y en pos las aves de frescura y sombra
Salpicaban en varia confusion
Del blando césped la mullida alfombra,
Del olmo verde el ancho pabellon.

Vianse allí las amarillas pomas
Las enramadas débiles vencer,
Y á su sombra bajaban las palomas
En el arroyo límpido á beber.

Y allí estendiendo las pomposas plumas
Le cubrian en cándido tropel,
Como si fueran trémulas espumas
Que hubiesen lecho y nacimiento en él.

Nosotros apurando los placeres
Guarecidos de oculto cenador,
Buscábamos la vida en las mugeres,
La gloria y la fortuna en el amor.

Oíanse en tumulto desde fuera
Los brindis de la libre bacanal,
Y el rumor de una báquica quimera,
Y el crujido del beso criminal.

Yo bebía el amor hasta apurarle
De unos impuros labios de carmin,
Que me enseñaron ¡ay! á desejarle,
Y me le hicieron detestar al fin.

Dentro mi mente sin cesar bullían
Fantasmas que al pasar con rapidez
Ya lloraban, danzaban ó reían,
Como ilusión febril de la embriaguez,

Mis amigos reían y cantaban
En lúbrico desórden junto á mí,
Y sin tregua los brindis resonaban...
Todo sin tiempo y sin razon allí.

Y entre el murmullo de la fiesta impura,
Los licores, los gritos y el vapor,
Alzábamos á impúdica hermosura
Himnos ardientes de encendido amor.

Entre insolentes ébrias carcajadas
Blasfemamos tal vez de Jehová.
"Virtud! dijimos: ¡fábulas soñadas...!
"Ahora el Dios que aterra ¿dónde está?

"¿Adónde está la sombra de su dedo
"Que escribe una sentencia en la pared?
"Creaciones fantásticas del miedo...!
"Bebed, amigos, sin pensar bebed!"

Vino la noche, y al salir cansados
Hartos ya de beber y de gozar,
Una campana en golpes compasados
Cerca sentimos con pavor doblar.

Era un templo alumbrado en su reposo
De diez blandones á la roja luz,
Que velaban en círculo medroso
El secreto fatal de un ataúd.

Quedaba en nuestra mente todavía
El rastro de la infame bacanal,
Y mal entre sus nieblas comprendía
La silenciosa paz de un funeral.

Las lúgubres salmodias empezaron,
El pueblo reverente se postró;
Cuando con paz al muerto conjuraron
El nombre del que fué nos aterró.

En vano los sentidos se empeñaban
En mentirnos un sueño baladí;
Los blandones el círculo cerraban,
Y una hermosura descansaba allí.

¡Y era hechicera, y lánguida, y liviana,
La envidia de un salón érase ayer,
Y á pesar de su pompa cortesana
Hoy hediondo cadáver pudo ser!

Faltónos ¡ay! la voz con el aliento:
Temblónos el cobarde corazón;
Ciertos los ojos y el oído atento
Nos dijimos al fin: "No es ilusión!"

*¡Allí estaba la sombra de ese dedo
Que escribe una sentencia en la pared...!
¡Y era fiesta también...! Llegad sin miedo,
Catad, amigos, sin pensar bebed.*

TENACIDAD.

Serrana, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder;

Y ó no tienes de beber,
O te tengo de encontrar.

Y que me canse no aguardes,
Que nada esperar me importa
Noches, mañanas y tardes;
 Toda una vida que tardes
Será esperándote corta.

Y á mas, serrana, hay aquí
Sitio tan fresco y tan blando,
Que tengo yo para mí
Que anhelo tardanza en tí
Por solo estarte aguardando.

Aquí las aguas sonoras
Rodando en la yerba van,
Y aquí las aves canoras
Del bosque alegres cantoras
Música dulce me dan.

Aquí las flores campestres
Me dan los blandos perfumes
De sus cálices silvestres,
Y gozo en que no te muestres
Mucho mas que tú presumes.

Pues si al fin has de salir
Altiva asaz y enojada,
Tarda, serrana, en venir,
Que el alma te ha de finjir
Mas fácil y enamorada.

Ve, pues, lo que has de ganar
Si mas piensas en mi daño
Así esquivarme y tardar,
Porque mas quiero esperar
Que saber un desengaño.

Y bástame á mi saber
Que á cada punto te veo
Cuando yo te quiero ver:
Que mucho vale tener
De centinela al deseo.

Tras cada tronco arrugado
En que la vista repara,
Tras cada espino enredado,
Tras cada sitio enramado
Estoy buscando tu cara.

De cada hoja que se mece
A la vibración ligera,
El alma se me estremece,
Y todo el valle parece
Que tu rostro reverbera.

Siempre estoy adivinando
Esos dos ojos crueles
Que á traición me están mirando
Tras de un haz de juncos blando,
Tras un pié de mirabeles.

Y no te finjas que intente
Partirme, sino contigo.

Hareme por el verano
Un toldo con espadaña,
Y haré en el invierno cano,
Por burlar al viento insano,
Mi hoguera en una cabaña.

Con que así, vé si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder,
Y ó no tienes de beber,
O te tengo de encontrar.

HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN NO SE COBRAN MAS SE VENGAN.

LEYENDA.

INTRODUCCION.

En un rincón de Castilla
Allá en el fondo de un valle,
Sobre tres cerros distintos
Hay tres torres semejantes.
Castillos los llaman unos,
Otros atalayás árabes,
Mas su origen positivo
A la verdad no se sabe.
Un río humilde, el *Esgueba*,
La falda á los cerros lame,
Y entre huertas y majuelos
Lleva á rastra sus cristales.
Entre los olmos y vides
Con que tapiza su margen,
Y ambas filas de colinas
Que le interrumpen el aire,
Hay derramados sin orden
Mas de un ciento de lugares
Que amasados todos ellos
Un pueblo tal vez no valen.
Pues los pueblos con el río,
Y las huertas de la margen,
Las colinas que le cercan
En dos bandas desiguales,
Y los tres cerros distintos
Con tres torres semejantes,
De tal modo unos en otros
Vegetan, pasan ó yacen,
Que todo el conjunto entero,
Sin que esto lo dude nadie,
Tomando nombre del río
Forma sin disputa el valle.

Siempre á cada incierto ruido
Que hace el aura entre las ramas,
Vuelvo el gesto sorprendido,
Pensando que tú me llamas
De algun lugar escondido.

A cada vago lamento
Que los olmos azotando
Alza repentino el viento,
Me finje mi pensamiento
Que tú pasabas cantando.

Y si una tórtola bella
Suelta triste en la espesura
Su enamorada querella,
Digo: así llegará á ella
Mi amorosa desventura.

Y todo es pensar en tí,
Todo buscarte y quererte,
En tanto que aguardo aquí,
Aunque me pesa ¡ay de mí!
Descarte y no tenerte.

Que si al fin de mi esperar,
De mi amoroso gemir,
Te dejaras ablandar,
Y saliendo del lugar
Acabaras por venir;

Si cual las aguas hicieras
Que aquí murmurando están,
Y entre arenillas ligeras
Bullendo en tropel parleras
Al valle rodando van;

Si hicieras como esas flores
Que cierran de noche al frío
Sus tocas de cien colores,
Y despliegan sus primores
Del alba al fresco rocío;

Delicioso por demás
Fuera esperarte, serrana;
Mas si hoy al fin no vendrás
Será persuadirme mas
De que tampoco mañana.

¡Pero no has de holgarte á fé!
Pues tan tenaz como soy
Al fin de buscarte, sé
Que si no te encuentro hoy
Mañana te encontraré.

Que he dejado mi ciudad,
Serrana, y venido así
Tan solo por tu beldad,
Y ya por tu terquedad
No he de volverme sin tí.

Y cuenta con lo que digo,
Que he de estar eternamente
De estos olmos al abrigo;

PRIMERA PARTE.

I.

Está la noche espirando,
Y allá en el fin de la sombra
En vacilante crepúsculo
Tiñe el oriente la aurora.
La luna en el occidente
Su pálida luz ahoga,
Y las estrellas la siguen
Luz reflejando medrosa.
Silba el cierzo entre las ramas
De los árboles sin hojas,
Y con espejos de hielo
Esgueba sus aguas orla:
Ostenta el campo escarchado
Trémula, alumbrada alfombra,
Que á veces parece el alba
Y agua á veces silenciosa,
Que allá en la sombra confusa
Humeando se evapora.
Se oye el murmullo del rio
Que por la pesquera rota
Se filtra tornando el agua
En espuma bulliciosa.
Ya en copos blancos se eleva
Trenzada y murmuradora,
Ya cae en hebras de plata
Y se arrastra tumultuosa,
Ya trepando por las piedras
Se columpia de una en otra,
Ya por evitar un canto
Serpenteando se encorva,
Y ya tornando á ser agua
Susurra en la yerba tosca.
Allá en la opuesta ribera
Se alcanza una torre octógona
Con que la frente de un cerro
Entre brezos se corona.
Un pueblo frente por frente
Junto á las aguas sonoras,
Con casas de tierra y ramas
De hidalgo y leal blasona;
Y una casa que mas lejos
De la orilla y de las otras
Puede pasar por alcázar
Segun aumenta en las formas,
Yace al pié de una colina
Olvidada, triste y sola,
Con lienzos en las ventanas
Que honores de vidrios gozan.
Entre una luz y los lienzos
Cruza á veces una sombra,
Que sobre ellos destacada
Parece bien que se asoma:
Y á veces inmóvil y fija
Cubre la ventana toda,
Cual si estorbar pretendiera
Paso á la vista curiosa.
A veces semeja un hombre
Que vuelto el rostro á la antorcha

Dibuja un bulto sin gesto
Que descansa en una gola;
Y á veces raudo pasando
De un rostro el perfil contorna,
De agudo y crespo bigote
Que con la gorguera toca.
Mas puede á veces dudarse
Si es una, ó son dos las sombras,
Si pasean, ó si danzan,
Si luchan, ó si retozan;
Porque hay puntos en que cruzan
Dos bultos de varia forma,
Una cabeza con rizos,
Con barba y bigotes otra.

Casi al pié de la colina
En que la casa se apoya,
Hacia el pueblo mas cercano
Una senda desemboca.
Un hidalgo á pasos lentos
La vuelta del cerro toma.
Un mozo trae por delante
Debajo una yegua torda,
Y un largo ropon oculta
Lo demás de su persona.
Tendió á la casa la vista,
Tembló, paróse, y tendióla
Por todo cuanto en el valle
Abarca, sombría y torva.
Echó pié á tierra, y á poco
La mirada escrutadora
Alcanzó la luz movible
Por entre la puerta rota:
En faz de asombro y de duda
O de vergüenza y de cólera,
La planta trémula tuvo,
Y agachándose en la sombra
Clavó en la puerta los ojos,
Y el puño en la tierra fofa.
Se abrió la puerta: un mancebo
La faz envolviendo toda
De un gaban entre las pieles,
En apostura amorosa
De una muger se despide
Que á despedirle se asoma.
Juró airado el escondido
En voz sofocada y ronca,
Sonó en el umbral un beso.
Cerró la puerta la moza,
Y el galán pasando el vado
Hacia la torre se torna.
Cuando él llegó al pié del puente,
Ya con maho vigorosa
A sendas aldabonadas
El otro á su puerta dobla.
Abrióla al fin la muger,
Y al cerrarla cuidadosa
Ya por oriente venia
La tornasolada aurora.

II.

El codo sobre la mesa,
Sobre la mano ambas sienas,

Entrambas cejas fruncidas,
Arrugada la ancha frente,
La otra mano en la cintura,
Los piés en un taburete,
En un sillón de baqueta
Está meditando Perez.
Una lámpara de hierro
A un lado en la mesa tiene,
Cuya luz lucha oscilando
Con el día que amanece.
Al otro lado un tintero,
Y en el centro unos billetes
Cuya firma está abrasando
Con pupilas de serpiente.
Desigual suelta el aliento
Por los apretados dientes,
Y mal ahogados suspiros
Dentro del pecho le hierven.
"Mendo Abarca . . . ! qué me place,
"Un día tras otro viene,
"Y honra con honra se paga,
"Vida por vida se pierde."
Esto en voz baja diciendo
Asió la luz de repente,
Y á voces en la escalera
Llamó á Margarita, Perez.

Subió al punto la muchacha
Tranquila, hechicera, alegre,
Mostrando en la tez de rosa
Sus abriles diez y nueve.
Y es la niña un embeleso,
Una hermosura de oriente,
Cojido el cabello en trenzas
Que con dos agujas prende;
Cintura escasa y flexible
Que cimbre y se estremece,
Tez morena, negros ojos,
Paso resuelto y pié breve.
Con la sonrisa en los labios,
Y con la paz en la frente,
Rebosando amor y hechizos
Que irresistibles parecen,
Entró por el aposento
Preguntando:

—¿Qué me quieres?—
Perez bajando los ojos
Contestóla:

—Que te sientes.—
Sentóse, y siguió el marido:
—¿Tienes, querida, presente
Cuánto tiempo ha nos casamos?
—Sí por cierto; treinta meses.
—Pues eso ha que nuestra honra
Nos prestamos mutuamente.
—Y ahora, ¿á qué recordarme . . . ?
—Dime, ¿y esto cuántas veces
Si se pierde se recobra?
—¿A qué viene esto, Rui Perez?
—¿Sabes, Margarita mia,
Que cada sentido tiene
Una puerta por do sale
Nuestra honra y nunca vuelve?

—¿Pero . . . !
—¿Y sabes, Margarita,
Que no sois mas las mugeres
Que un alcázar donde la honra
Guardada los hombres tienen?
—¿Por Dios, Perez, que no alcanzo
Lo que con esto pretendes!
—¿Sabes que un alma con honra
Otra alma con honra quiere,
Porque es justo que se guarden
Las reinas para los reyes?
—¿Pero . . . !

—¿Y sabes, Margarita,
Que el marido que la pierde
Compra una marca de infamia
Que lleva en el rostro siempre?
—¿Pero . . . !

—¿Y sabes, Margarita,
Que en tanto que no la vengue,
Ni de hidalgo ni de hombre
El vano nombre merece?
—¿Pero . . . !

—¿Y sabes, Margarita,
Que si por ella no vuelve,
Hasta las dueñas escupen
De su blason los cuarteles?
—¿Mas yo . . . !

—¿Y sabes, Margarita,
Que nació hidalgo Rui Perez,
Y no ha de vivir sin honra
Aunque al mismo Dios le pese?
—¿Cielo . . . !

—¿Y sabes, Margarita,
Que un remedio hay solamente
Para dolencia tan grave
—¿Pero escucha . . . !
—Y que es la muerte?
—¿Pero . . . !

—Silencio!

—Oye
—Calla!

Mas hablando no me afrentes,
Y lee, si te queda aliento,
Margarita, esos papeles.—
Y esto diciendo, á la cara
Tirola Rui los belletes,
Y ella cayó de rodillas
Clamando:—¿Cielos, valedme!—

Pasaron unos instantes
En silencio tan solemne,
Que de entrambos corazones
Contarse los golpes pueden.
Perez, crispados los puños,
Atenazados los dientes,
Amorados los labios,
Fuego por los ojos vierte.
Margarita, de rodillas,
Doblada al pecho la frente,
Cruzadas las blancas manos,
Pálida como la muerte,
Correr por ambas mejillas
Deja una lágrima ardiente.

Que resbalando hasta el suelo
En vapor se desvanece.
Perez, inmóvil de rabia,
En el sillón se mantiene,
Y ella de miedo y vergüenza
Convulsiva se estremece.
Al cabo con voz sombría
Dijo á Margarita, Perez:
—Muger, yo adoraba en tí;
Por tu capricho mas leve,
Por solo un cabello tuyo
Hubiera muerto mil veces.
¿Y el amor que compré un día
Con vida y con alma ¡imbécil!
Hollando tus juramentos
Así en mi ausencia me vendes?
—Perdon, clamó Margarita.
¡Oh, me detesto . . . !

—Detente,
Que con que tú te aborrezcas
El mi honra no me vuelve.
Pero ¡por Dios! que no es tarde.
—Cielo santo, ¿qué pretendes?
¡Perdon! ¡perdon! ¿á tus plantas
Me arrastraré eternamente!
—Y el polvo en que tú te arrastres
¿Podrá mi honra volverme?
—Lloraré al pié de tu lecho
Velando mientras tú duermes!
—¿Y qué sueño ha de acudir
A quien sin honra se acueste?
—Seré menos que tu esclava!
¡Besaré el polvo que huellas!
—¿Y qué harás con esas manos
Que toman estos billetes?
—¡Perdon!
—Pídeselo al cielo,
Que él solo dártelo puede.

III.

Es un salón cuadrilongo
Dentro de la antigua torre
En que desterrado habita
Don Mendo Abarca y Quiñones.
Sobre un tapiz toledano
Bordado en torno de flores,
Hay una imagen de Cristo
Colgada de dos cordones.
De la alta bóveda ojiva
Por medio una argolla, corre
Otro cordón que sustenta
Una lámpara de cobre.
En una de las paredes
Hay un nicho y dos balcones,
Y el sol pasa macilento
Por los vidrios de colores.
Allá en el opuesto lado,
Gigantesca en dimensiones
Hay á guisa de herrería
Una chimenea, en donde
Se exhala en llamas y en humo
Tendido en seis piés de bronce,

Amenazando un incendio
Muy cerca de medio roble.
Y de cara hacia la llama
Magro, silencioso, inmóvil,
Entre enterrado y tendido
Dentro de un sillón, un hombre.
Una muger no muy lejos
En silencio borda ó cose
Una alfombrilla de sedas
Que sobre un cojín recoje.
Entre ellos el ruido sordo
De la chimenea se oye,
Y afuera el cierzo que zumba
En los ángulos del Norte.
En cuanto á ambos personajes,
Siguen sus meditaciones
Sin que al parecer al uno
Nada del otro le importe.
Cada cual en su trabajo
Su atención entera pone,
Ella contando sus hebras,
El contando sus tizones.
Al fin rompiendo el silencio
Dijo la muger al hombre:
—¿Estás triste!

—No; cansado
De velar toda la noche.—
Y como volviendo en sí
El que respondió, turbóse.
Rápida, mas de hito en hito,
Ella un punto contemplóle,
Mas él siguió:

—¿No lo sabes?
Volveremos á la corte.—
Soltó la alfombra Leonor,
Y acariciando á Quiñones,
Le dijo:

—¿Y me lo ocultabas!
—Quise sorprenderte; el conde
Me escribe ayer que á mi antojo
La vuelta de Madrid tome.
—¿Y será pronto?

—Muy pronto,
Que ya me cansa esta torre,
Donde hemos estado un año
Escondidos como hurones.
—¿Cuánto he rezado á ese Cristo
Porque á este día nos torne!—
Don Mendo se puso en pié
Al escuchar este nombre,
Y llorando de contento
Ella del cuarto salióse.

En esto por otra puerta
Entró el paje Diego Lopez,
Y ante su señor llegando
Cortesmente saludóle.

—¿Qué tenemos?—

En voz baja
Preguntó al mozo Quiñones.
—Nada, señor; ha seis días
Que huyeron ambos.

—¿Adónde?

—Imposible adivinarlo;
La casa registré anoche.
—¿De quién hubiste las llaves?
—La escalé por los balcones!
—¿Y qué?

—La casa desierta,
Las camas hechas, los cofres
Cerrados, no falta nada;
Todo en silencio y en orden.
—¿Y nadie responde de ellos?
—¡Imposible! unos pastores
Dicen que le vieron solo
Pasar el puente á dos noches,
Pero que al ponerse el sol
Iban los dos por el bosque.
—¿Los dos, y volvía Perez?
—Solo.

—Es bien extraño . . . ! Lopez,
Dentro de muy pocos días
Volveremos á la corte.

—Está bien, señor.

—Escucha;

Para lo de ayer disparte.

—¿Dos caballos?

—Por supuesto.

—¿A qué hora será?

—A las doce.—

Dejó el aposento el paje,
Y entre sí mismo Quiñones

Murmuró:

—Si volvió Perez,
Y sospechando . . . ! ¡oh! entonces
Mañana mismo á Madrid,
Y ahí se las haya el buen hombre.—
Y al calor de la fogata
Sobre la mano durmióse.

IV.

Está la torre que habita
Don Mendo junto al Esgueba,
En una colina oscura
Sin árboles y sin yerba;
Sin foso que la circunde,
Sin torres que la defiendan,
Desmantelados los muros,
Derribadas las almenas.
Asido con dos argollas
Entre dos postes de piedra,
Tiene un puente levadizo
Suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente
Otra torre mas pequeña,
En cuyo centro macizo
Hay torcida una escalera,
Y alzado el puente de noche
Aislada la torre deja,
De modo que á un tiempo mismo
Sirve de puente y de puerta.
Por inútiles sin duda
Sus ventanas y lucernas,
Hanse tornado en balcones
Y suprimido las rejas,

Y es justo, á nuestro entender,
Que tal mudanza sufrieran,
Pues sirven de algo en la paz
Y eran estorbo en la guerra.

Era la noche siguiente,
Y la media noche apenas;
El cierzo airado zumbaba
Del olmo en las ramas secas,
Y murmuraban las aguas
Azotando las riberas,
Atropellando sonoras
Raíces, algas y piedras,
Haciendo con sus espumas
Espejos, lazos y trenzas.
El cielo entre opacas nubes
Velando luna y estrellas,
El valle, el río, y la torre
Encapotada en tinieblas.
No brillaba en los linderos
La luciérnaga rastrera,
No había parleras aves
Que cantaran en la selva,
Ni insectos que susurraran
Entre la flexible yerba;
No había pajizas flores
Que en los céspedes crecieran,
Ni pastores que velaran,
Ni silbadoras culebras,
Ni lobos que con la luna
Cruzarán por la pradera.
Que es la noche sobre oscura
De Diciembre opaca y negra,
Y húmeda, gruesa y pesada
Acosa al aire la niebla.
Bajóse en la torre el puente,
Y trasponiendo la cuesta
Dos hombres hacia los vados
Echaron por una senda.
—¿Traes las llaves?—dijo el uno.
—Sí señor.

—¿Y allá quién queda?
—Martin Muñoz en la escala,
Durmiendo la camarera,
Y Lucas con los caballos
Aguarda junto al Esgueba.
Los demás hacia la corte
Irán ya lejos, y apenas. . . . —
Una ráfaga silbando
El resto arrastró con ella.

Entonces de entre la sombra
Alzose callada y lenta
Una figura embozada
Que mueho á un hombre semeja,
Tanto guarda de fantasma
Como de humano conserva,
Porque ella anda y se desliza,
Sin que al moverse se sientan
El compás de sus pisadas
O el rumor de sus espuelas;
Y el murmullo que se escucha
Dentro de su boca mesma,

No se sabe si es que gime,
Conjura, amenaza, ó reza.
Pero hombre, ilusion, ó duende,
Al pié de la torre llega
Y sin vacilar un punto,
Con una escala de cuerdas
Asiendo el balcon mas bajo
Desembozándose trepa,
Y de un corredor desierto
Se pierde por las revueltas.

En una apartada alcoba
A la luz de una linterna,
La esposa de Mendo Abarca
Sola y destocada sueña.
Y los labios la sonrien,
Y la lengua balbucea,
Y toda la paz del alma
La faz dormida refleja.
Con el fin de su destierro
Descuidada devanea,
Y la pasan por la mente
Viajes, luminarias, fiestas,
Y con sus mil armonías
De campanas y pependencias,
Obras, caballos y carros
Se finje una corte entera.
Los nobles que la visitan,
Las damas que la contemplan,
Los lacayos que la aguardan,
Y los pajes, y las dueñas,
Los billetes de convite,
Las joyas y las preseas,
Todo la pasa en tumulto
En ilusion halagueña.
En esto el mismo fantasma
Asomó osado en la puerta.
Corrió por dentro el cerrojo,
Contempló un punto á la bella,
Y luego ahogando la luz
Dejó la estancia en tinieblas.
Se oyó en la sombra un suspiro
Y en faz de rauda tormenta
Siguió estrellándose el cierzo
En las pintadas vidrieras.
Las puertas estremecidas
Sobre los quicios retiemblan,
Y silba y cruje y se rasga
Con ímpetu en las troneras;
Y ni gemidos ni pasos
Tornan á oirse, ni quejas;
Todo el viento lo devora,
Lo mata, sofoca y lleva.

A poco don Mendo y Lopez
Tornaron la misma senda,
Y tornó á oirse del puente
Rechinando la cadena,
Y oyóse que el uno hablaba
Y el otro daba respuesta.
—¡Cojió las cartas!
—Sin duda.
—Mas vale así.

—Que no vuelvan;
Pasado mañana, Lopez,
A Madrid damos la vuelta.—

Cruzaron ambos el puente.
Volvió á sonar la cadena,
Y siguió el viento zumbando
Por los ángulos y rejas.
Y en esto en el balcon mismo
La misma escala de cuerdas
Cayó al campo, y el mismo hombre
Bajó embozado por ella.
Llegó al suelo, y percibióse
De Perez la voz severa,
Que á lo lejos murmuraba
Como quien conjura ó reza.
“Quien á hierro mata es justo
“Que igualmente á hierro muerta;
“HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
“NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.”

V.

Vino un dia y otro dia,
Y vino un mes y otro mes,
Y año tras año venia;
El segundo concluía
Y pasaron hasta tres.

Perez desapareció,
Su casa quedó en escorbro,
Don Mendo á Madrid volvió,
Y con estruendo y asombro
La torre se desplomó.

Contaron de ello medrosas
Las gentes varias consejas
Y fábulas espantosas,
De amorios las hermosas,
Y de visiones la viejas.

Quién dijo (y á tal contar
El mas valiente se pasma)
Que vió el alba al despuntar
Junto á la torre vagar
Blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que atravesando
De noche por la pradera,
La colina coronado
Vió hasta cien almas danzando
En derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno consejo
Un hidalgo de lugar,
Que arrugando el entrecejo
Contara que un moro viejo
Huyó de verle pasar.

Ni un muchacho revoltoso
A quien por calmar el llanto

Contaran en son medroso
Aquel cuento tan famoso,
Y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella
Con un espectro galan,
Y que una devota bella
Le alcanzó á ver despues de ella
En casulla ó balandran.

Todo eran apariciones,
Raros acontecimientos,
Secretas conversaciones,
Todo ruidos y visiones
Y diabólicos portentos:

Los unos vieron gigantes,
Otros toparon enanos,
Otros hogueras volantes,
Otros mágicos errantes,
Y otros brujas y gitanos.

Y alguno mas entendido,
Mas ducho ó mas suspicaz,
Creyó allí haber sorprendido
Algun amor protegido
Con el murmullo falaz.

Vino un dia y otro dia,
Y vino un mes y otro mes,
Y el tercer año corria;
El segundo concluía,
Y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
Y olvidadas las consejas
Los mozos las despreciaron;
Las muchachas se casaron,
Y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó
Y el valle quedóse en calma;
Mendo Abarca no volvió,
Ni á nadie se apareció
Perez en cuerpo ni en alma.

SEGUNDA PARTE.

VI.

En un salon adornado
Con alfombras toledanas,
Con pabellones de sedas,
Con mecheros y con lámparas,
Vestido de terciopelos
Festonados de oro y plata,
Cercado de taburetes
Y de cojines de grana,
Hay hasta cuatro personas
En plática sosegada,
Que esperan como en familia

Alguna cosa que tarda.
Una es D. Mendo Quiñones,
Otra es una antigua dama,
Otra es Doña Leonor,
Y otra un clérigo que calla.
Está Leonor cual lo exige
La ceremoniosa usanza
De aquellos revueltos tiempos
De fiestas y de batallas.
Corpiño y falda turquí
Bordados de seda blanca,
Con dos filas de botones
De costosa filigrana.
Desnudo el cuello y los hombros
Bajo un collar de esmeraldas,
Con un lazo de brillantes,
Que por una cruz remata.
Los cabellos divididos
En dos trenzas derribadas,
Que á ambos lados se recojen
En dos agujas de plata;
Y en la mano un abanico
Con que la faz del sol guarda,
Tras de cuyo varillaje
Mira á salvo y no es mirada.
Con igual lujo y riqueza
Está engalanado Abarca,
El jubon de terciopelo,
Acuchilladas las mangas,
Capotillo carmesí,
Calzon negro y gola blanca,
Y en un cinturón de seda
Colgados estoque y daga.
De aquestos tres personajes,
Quiñones y las dos damas,
El cuarto los atavíos
Está contemplando en calma.

Empieza en una corona
Y en un acicate acaba;
Tanto conserva de monge,
Como de soldado guarda.
El gesto tiene severo
Y la frente despejada,
Empinados los bigotes,
Espesa y luenga la barba.
El jubon negro y sin cuello,
El ropon tocando en capa,
La gola negra y sencilla,
Botas, espuelas y espada.
Si fija en otros sus ojos,
No pueden con sus miradas;
Si habla, le escuchan atentos;
No le importunan si calla.
Mas su mirada es modesta,
Contenidas sus palabras;
Si reconviene, no ofende,
Y si aconseja no cansa;
Los valientes le saludan,
Los pordioseros le aguardan,
Las damas le reverencian,
Los cortesanos le halagan.
Y algunas lenguas mordaces